



Crisis y Transformación

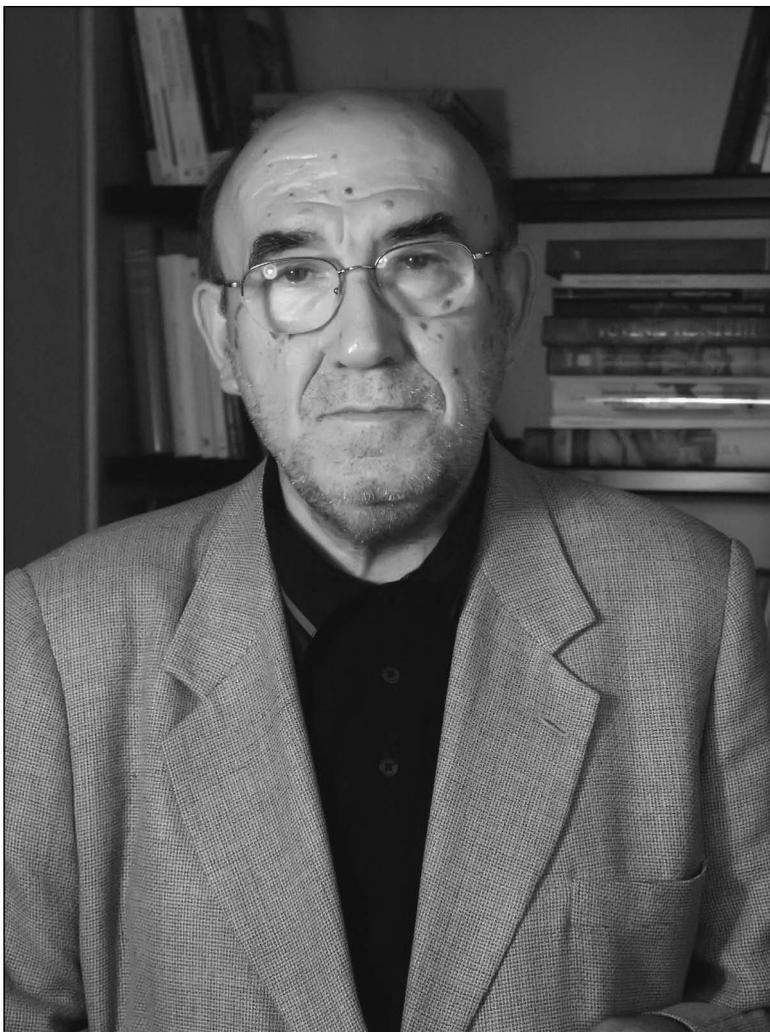
Ensayos en homenaje
al profesor
Emèrit Bono

Isidro Antuñano
Josep Maria Jordán
J. A. Tomás Carpi
(Eds.)

VNIVERSITAT  VALÈNCIA

CRISIS Y TRANSFORMACIÓN
UNA PERSPECTIVA DE POLÍTICA ECONÓMICA

ENSAYOS EN HOMENAJE AL PROFESOR
EMÈRIT BONO



Emèrit Bono Martínez

CRISIS Y TRANSFORMACIÓN
UNA PERSPECTIVA DE POLÍTICA ECONÓMICA

ENSAYOS EN HOMENAJE AL PROFESOR
EMÈRIT BONO

Isidro Antuñano
Josep M^a Jordán
Juan Antonio Tomás
(editores)

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

*Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico,
electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.*

© De los textos: los autores, 2010

© De esta edición: Universitat de València, 2010

Maquetación: JPM Ediciones

Diseño de la cubierta: Jaume Soler

Ilustración: F. Léger, *Constructores* (1950)

Fotografía de Emèrit Bono © Celso Hernández de la Figuera

ISBN: 978-84-370-8481-7

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	
<i>Perfil biográfico. Emèrit y nosotros que le queremos tanto</i> Ramiro Reig.....	13
SECCIÓN A: POLÍTICA ECONÓMICA	
<i>Política económica en tiempos de crisis: de lo global a lo local</i> Isidro Antuñano.....	25
<i>Nuevas tendencias en la política económica</i> Antonio Sánchez.....	41
<i>Economía social como nueva área de intervención de la política económica en un contexto de crisis</i> Rafael Chaves y José Luis Monzón.....	59
<i>Crisis económica y distribución de la renta: el nuevo papel de la política de rentas</i> Carlos Ochando.....	75
<i>La corresponsabilidad fiscal de los gobiernos autonómicos: evolución y perspectivas en tiempos de crisis</i> Fernando Toboso.....	95
<i>Análisis de la evolución de las políticas y prácticas de Responsabilidad Social en las empresas del IBEX 35 en el período 2005-2008</i> Victor Fuentes y Andrés G. Reche.....	117
SECCIÓN B: DESARROLLO HUMANO SOSTENIBLE	
<i>Notes sobre la relació entre el decreixement, l'estat estacionari i la condició humana</i> Ernest Garcia.....	135
<i>Desarrollo sostenible y onda larga de crecimiento</i> Juan A. Tomás.....	153

Desarrollo humano y cooperación con el Magreb
Josep M^a Jordán y Marta Pedrajas..... 183

Sostenibilidad y financiación en el bosque: el caso valenciano
Angel Villalba..... 199

La adaptación de la política turística al cambio climático
Aurora Pedro y Eduardo Fayos..... 213

Retos de la política del crimen ecológico. Anotaciones para la agenda UNICRI
Josep M. March..... 231

Ecofeminismos y desarrollo sostenible: espacios para la sinergia
Isabel Pla y Sandra Guevara 251

SECCIÓN C: PAÍS VALENCIANO

La agricultura valenciana: un modelo agotado
José Honrubia..... 275

Nuevos desafíos para las políticas de desarrollo rural en la Comunidad Valenciana
Raúl de Arriba..... 317

Per què el mercat laboral valencià és tan vulnerable davant la crisi econòmica?
Josep Banyuls, Ernest Cano, Amat Sánchez y Miguel Torrejón..... 333

Los Pactos Territoriales por el Empleo. Una aproximación a la compleja articulación entre actores y niveles territoriales en las políticas de desarrollo local
Juan R. Gallego y Josep V. Pitxer..... 351

EPÍLOGO

Emèrit Bono, otras izquierdas y un futuro
José Nàcher..... 371

PRÓLOGO

Aún están bastante cerca los orígenes de la crisis económica actual y, sin embargo, muchos pretenden ignorarlos y hacer una interpretación sesgada de la misma. Hay quien quiere borrar las pistas del exagerado proceso especulativo (financiero e inmobiliario) que preparó el terreno para la recesión que ahora se trata de remontar. De esa manera, ocultando o confundiendo el análisis de los problemas, se escabullen las responsabilidades propias y se cargan las culpas sobre otros. ¿Por qué no reconocer que, más allá de la responsabilidad evidente de algunos actores, hay un importante componente sistémico, y particularmente institucional, en esta crisis y ello exige un replanteamiento de los paradigmas dominantes? Sin duda, ese es el punto de partida para adecuar nuestros comportamientos y políticas a las exigencias del presente.

Es verdad que se han producido ya algunas reacciones positivas en ese sentido. Recordemos que tras el estallido de la crisis internacional, hubo un reconocimiento de los problemas causados por la insuficiente regulación de los mercados financieros y por una expansión alocada de las operaciones urbanísticas e inmobiliarias. Se entonó asimismo un cierto *mea culpa* por parte de notables académicos que vieron la necesidad de revisar las teorías económicas dominantes. Hubo, en fin, el buen juicio de responder a los problemas internacionales (y más aún a los europeos) de una manera coordinada, lo que está facilitando la recuperación económica. Sin embargo, necesitamos aprender mucho más de toda esta experiencia para mejorar la evolución del sistema económico y social. Una evolución que necesitará de una creciente cooperación internacional para conseguir resultados humana, social y económicamente satisfactorios.

A la postre, vivimos en un tiempo de crisis y de transformación económica. Este libro recoge un conjunto de ensayos que se sitúan en ese marco de reflexión. Los distintos autores han querido contribuir mediante sus colaboraciones a rendir un homenaje especial al profesor Emèrit Bono en el momento de su jubilación, cuando ya ha cumplido sus setenta años. La mayor parte de los mismos formamos parte de la unidad docente de política económica que se halla integrada en el Departamento de Economía Aplicada de la Universitat de València. En ese sentido, le reconocemos una paternidad intelectual inestimable al profesor Emèrit Bono, como pionero en la enseñanza y la investigación de la política y la transformación económica en nuestra universidad. También le mostramos

así nuestro afecto por las excelentes cualidades humanas que nos ha transmitido durante muchos años. Sólo tres de los autores (Ramiro Reig, Ernest Garcia y José Honrubia) no se hallan entre los profesores de dicho departamento y han sido invitados a sumarse a este homenaje por su proximidad personal e intelectual con el profesor Bono.

Sabemos que otros muchos compañeros de nuestra universidad y de otras universidades españolas hubieran deseado contribuir también a este libro. Sin embargo, sus editores hemos optado por un texto más corto, más ágil y más coherente en su contenido. Aparte de la introducción y del epílogo (a cargo respectivamente de Ramiro Reig y José Nácher) que glosan al personaje homenajeado, el libro se halla estructurado en tres partes que representan tres grandes ámbitos de su interés intelectual: 1) la política económica, 2) el desarrollo humano y sostenible, y 3) la economía valenciana.

El primer bloque de colaboraciones se centra, así, en el ámbito de la política económica, con trabajos (a cargo de Isidro Antuñano, Antonio Sánchez, Rafael Cháves y José Luis Monzón, Carlos Ochando, Fernando Toboso, y Víctor Fuentes y Andrés García Reche) que abordan la materia desde distintos enfoques y grados de amplitud. La segunda parte se halla dedicada al análisis del desarrollo humano sostenible, con un conjunto de trabajos (a cargo de Ernest Garcia, Juan A. Tomás Carpi, Josep M^a Jordán y Marta Pedrajas, Angel Villalba, Aurora Pedro y Eduardo Fayos, Josep M^a March, e Isabel Pla y Sandra Guevara) que profundizan en distintas vertiente de esta problemática. Por último, la tercera parte se centra en la economía valenciana, con trabajos (a cargo de José Honrubia, Raúl de Arriba, Josep Banyuls, Ernest Cano, Amat Sánchez y Miguel Torrejón, y Juan R. Gallego y Josep Vicent Pitxer) que estudian desde el sector agrario hasta el mercado laboral y los pactos territoriales por el empleo.

Nuestra eterna gratitud al profesor Emèrit Bono por su magisterio y su amistad, y nuestro deseo de que los lectores sintonicen con nosotros y lean con gusto los diferentes trabajos que se ofrecen a continuación.

Isidro Antuñano, Josep M^a Jordán y Juan A. Tomás Carpi
Valencia, primavera de 2010

INTRODUCCIÓN: PERFIL BIOGRÁFICO. EMÈRIT Y NOSOTROS QUE LE QUEREMOS TANTO

Ramiro Reig
Universitat de València

La jubilación es solo un formulismo administrativo que no puede alejarnos de Emèrit. No solo porque esperamos verle aparecer con frecuencia, avanzando sonriente por el pasillo con un libro bajo el brazo dispuesto a ponernos al día, sino porque aquí están sus amigos y discípulos. Habiendo sido el primer profesor del departamento, todos los que lo integran, desde la primera y famosa promoción hasta la última, han recibido sus lecciones. Cada uno de nosotros guarda un montón de recuerdos con los que podrían escribirse varias biografías, coincidentes en lo esencial, diferentes en los matices, como en esos retratos de Andy Warhol en los que se repite el mismo rostro con coloraciones distintas. Para escribir estas páginas he hablado con las personas que más le conocieron y he tratado de reflejar aquí los distintos aspectos de su biografía (la actividad docente e investigadora, el compromiso político, las responsabilidades institucionales) procurando que no ahogaran los “intangibles”, que es lo más valioso que nos deja: la curiosidad ante lo nuevo, la disposición para el diálogo, el aire de bonhomía, su optimismo innato y su absoluta falta de malicia.

En la biografía de un profesor universitario la tesis doctoral es la primera pista para aproximarse a su itinerario. Al cabo de los años yace olvidada en una perdida estantería, repudiada por el autor que la considera superada por otros trabajos, pero esos polvorientos volúmenes marcaron en su día el territorio por donde discurriría su vida intelectual, acotaron un espacio, definieron un marco de preocupaciones. Por lo que respecta a Emèrit Bono, así ha sido. De aquella tesis de largo título, *La base exportadora agrícola de la economía del País Valenciano y el modelo de crecimiento hacia afuera* (1974), en la que analizaba el agotamiento de un modelo basado en las exportaciones agrarias y apuntaba la necesidad de crear una sólida estructura industrial, a sus últimos trabajos sobre el crecimiento sostenible, hay una línea de continuidad centrada en la construcción del País Valenciano. La preocupación por el país fue un rasgo distintivo de la generación de los años 60, promovido por eminentes profesores de historia (Giralt, Reglà) y por el aldabonazo de *Nosaltres els valencians*, y asumido por la nueva Facultad de Económicas como tarea propia. Emèrit perteneció a esa generación de soñadores empeñados en sacar al país de su postración histórica.

LOS AÑOS DE FORMACIÓN

Emèrit Bono nació en 1940, en Sagunto, en el seno de una familia de medianos propietarios agrarios. Se crió entre naranjos y siendo niño contempló cómo el paisaje que le

era familiar se iba extendiendo a lo lejos, por las laderas del castillo, por el valle que lo circunda, por los terrenos que separaban el pueblo del Puerto, ocupando todo el espacio disponible. Los años 50, cuando él era un adolescente, fueron la época dorada de la naranja, primera fuente de entrada de divisas, que comenzó a ralentizarse a partir de los 60. Por la noche, en primavera, olía a azahar y podían verse desde el pueblo las llamas de los dos altos hornos de la siderurgia, como dos penachos de guerrero desafiantes, o como dos antorchas olímpicas señalando el camino del futuro. No es probable que tuviera ya aquí una premonición del cambio de modelo económico, pero sí que es cierto que creció entre dos mundos.

Estudió el bachillerato como alumno interno en el colegio de los salesianos de la calle de Sagunto, en Valencia. La pedagogía salesiana, basada en los “oratorios festivos” de Don Bosco, otorga especial importancia a las actividades para-escolares donde se potencian las habilidades sociales, un enfoque que suavizaba los rigores del internado. Por otra parte, aunque el coste del internado suponía un cierto nivel de renta, el colegio tenía un elevado número de alumnos externos de los barrios próximos, Orriols y Torre-fiel, lo cual le daba un aire popular que contrastaba con el elitismo cultivado por los jesuitas y el Pilar. En este ambiente Emèrit recibió una educación religiosa no demasiado truculenta, para los tiempos que corrían, sólida intelectualmente y, sobre todo, llana y convivencial, campechana, que se adaptaba a los rasgos de su carácter. Fue un alumno distraído y brillante y, en 1957, al terminar el bachillerato, decidió estudiar la carrera de Ciencias Políticas y Económicas, una extraña elección ya que si aspiraba a trabajar en una empresa lo normal era estudiar en la Escuela de Comercio de Valencia. Pero no era esa su intención. Aquel joven de diecisiete años e incommovible optimismo quería entender el mundo y la economía era la llave de entrada.

En aquellos años solo existían facultades de Económicas en Madrid y Barcelona. Emèrit fue a Madrid, donde le había precedido un año antes Manuel Girona, también para estudiar economía, y ese mismo año se les unió Ramon Lapiedra para estudiar física, ambos amigos de la infancia. La facultad madrileña se había asentado con profesores de prestigio, Sampedro, Velarde, Rojo, Fuentes Quintana, Varela, y el temible Castañeda. Entre los estudiantes circulaba la leyenda urbana de que nadie aprobaba con Castañeda a la primera, un hecho hoy impensable, pero que entonces daba prestigio al catedrático y robustecía a los alumnos. Emèrit vivió como estudiante un momento excepcional de la economía española, el del Plan de Estabilización y la apertura al exterior. Profesores que habían estado próximos a su gestación planteaban la discusión en clase y convertían la enseñanza de la economía en algo vivo en lo que se estaba jugando el futuro del país. De ahí nació su inclinación hacia la política económica, un área de conocimiento que incidía en el cambio de las cosas y en la mejora de la vida de los ciudadanos.

En el último curso la feliz troika saguntina se disolvió. Girona, que ya había acabado la carrera, volvió al hogar, Lapiedra se fue con una beca a París, y Emèrit decidió marcharse a Barcelona. La Facultad de Barcelona, creada con posterioridad a la de Madrid bajo la inspiración de Sardá (autor del Plan de Estabilización), contaba también con valiosos profesores, como Estapé y Sureda en Política Económica. Aquí Emèrit trabajó

estrecha amistad con José M. Vidal Villa, hijo de exiliados españoles en Méjico educado en el anti-franquismo, e interesado, como él, en la política económica. La confluencia de intereses les acercó a Estapé quien, en su loable empeño por dar a conocer a Schumpeter, hablaba frecuentemente de su antagonista despertando la curiosidad por él. En 1960 Marx era todavía el Innombrable y el Invendible, pero se vendía bajo mano en ediciones suramericanas y algunos profesores se atrevían a explicarlo, como Manuel Sacristán en sus clases de filosofía a las que los dos amigos acudían devotamente. Vidal Villa tenía relación con el PSUC y le puso en contacto con amistades peligrosas que le llevaron a la militancia comunista.

PROFESOR UNIVERSITARIO

Terminada la carrera, en 1962, volvió a Valencia. En la historia del franquismo 1962 es la fecha de la creación de la comisaría del plan de desarrollo, en la historia de la lucha antifranquista representa la salida de la oposición a cara descubierta. Es el año de la gran huelga de la minería asturiana en la que el ministro Solís se vio obligado a negociar con los representantes de los trabajadores organizados en comisiones obreras. La huelga tuvo una gran repercusión en toda España con paros de solidaridad en las grandes empresas de Madrid, Barcelona y Bilbao. Un nutrido grupo de artistas e intelectuales suscribieron un manifiesto de apoyo protestando por la represión. En Valencia la organización clandestina del Partido Comunista lanzó octavillas en la entrada de las grandes fábricas llamando a la huelga y sus integrantes fueron detenidos, y posteriormente condenados a prisión. Entre ellos se encontraban varios universitarios y personas muy conocidas en esta casa, Mario García Bonafé, entonces en segundo curso de historia, y Pepe Galán, asistente social en el Barrio del Cristo. Al correr la voz de las detenciones un grupo de estudiantes marcharon, en una manifestación desordenada y festiva, de la calle de la Nave al campus de Blasco Ibáñez dando gritos reclamando su libertad y a favor de los mineros y, sentados en la escalinata de la Facultad de Ciencias, hicieron frente a “los grises” cantando “Asturias patria querida”. Aquella espontánea manifestación fue como el estampido de un reactor rompiendo la barrera del sonido. Por primera vez se oían gritos de protesta en la calle. 1962 fue también el año del “contubernio de Múnich” donde la oposición del interior se dio a conocer en Europa, a raíz del cual fue detenido Vicent Ventura. Y en 1962 apareció *Nosaltres els valencians*. Emèrit llegaba a un escenario completamente distinto al que había dejado.

A la espera de que se presentara alguna oportunidad interesante comenzó a trabajar en la empresa de su amigo Manuel Girona a la vez que colaboraba en el periódico de Barcelona *Tele-Expres* enviando artículos sobre la actualidad económica valenciana. En 1964 se había puesto en marcha la Facultad de Económicas de Málaga y se hablaba con insistencia de la inminente creación de dos nuevas facultades, en Santiago y Valencia. Emèrit tenía aspiraciones intelectuales, pero nunca ha sido una persona de ambiciones económicas, de manera que con el modesto pasar que había encontrado y con la confianza de entrar en la Facultad se sentía suficientemente seguro y decidió casarse en 1966.

Luchy Ara, su mujer, saguntina como él, cariñosa y valiente, aparece aquí con motivo de la boda pero es la sombra protectora escondida en todos los rincones de esta biografía. Serena, en las angustiosas noches de incertidumbre y miedo, cuando se había producido una redada de la policía contra los comunistas y los sicarios podían llegar en cualquier momento. Acogedora, en el diminuto piso donde la familia vivió más de veinte años, recibiendo con una sonrisa a los inoportunos que íbamos a celebrar la enésima e interminable reunión. Sin amargura ni rencor cuando amigos de toda la vida (pocos, pero próximos) les cerraron la puerta por discrepancias políticas. Enamorada e independiente, siempre. Sin la presencia de Luchy esta biografía habría sido muy diferente.

En 1968, al llegar la primera promoción al tercer curso en el que tenía que impartirse Política Económica, vino de Barcelona el profesor Ros Hombravella y Emèrit Bono fue contratado como ayudante. En cierto modo puede decirse que fue Emèrit, bajo diversas advocaciones (encargado de curso, adjunto, agregado interino) el que aseguró la continuidad de la docencia ya que los titulares solían ser (también en el resto de asignaturas) aves de paso. A Ros le sucedió, en 1970, S. Condominas y en 1972 M. Sánchez Ayuso. Manolo, como se le conocía afectuosamente en la Facultad, no solo decidió quedarse en Valencia sino que emprendió la tarea de crear y consolidar el departamento apoyándose en Emèrit. Ese mismo año entraron V. Fuentes, J. A. Tomás Carpi y L. Espinosa (que se marchó pronto) y poco después lo hicieron A. García Reche, J. M. Jordán e I. Antuñano. En 1976 Emèrit pasó a ser, por oposición, Agregado titular, y en 1981 Catedrático. El departamento adquirió fama de rojo ya que se sospechaba, con fundamento, que los integrantes estaban ligados al PSP del “viejo profesor” y al PC. Pero, sobre todo, era un lugar acogedor marcado por el talante humano, abierto y caluroso de Manolo y Emèrit. Con el paso del tiempo y la entrada de nuevos miembros la coloración se fue matizando, pero ha conservado el ambiente confortable de los padres fundadores. Seguramente el legado máspreciado que deja Emèrit es la demostración de que un departamento puede ser una comunidad intelectual crítica y convivencial, donde la disparidad de posiciones coexiste con un clima acogedor de compañerismo.

Durante este período llevó una intensa actividad investigadora y docente. A principios de los 70 colaboró con varios capítulos para la obra colectiva *Estructura económica del País Valencià*, auspiciada por Joaquim Reig, desde el Banco de Valencia, y dirigida por E. Lluch. La citada obra era el primer intento serio de realizar un análisis de los sectores económicos y buscar un nuevo modelo de crecimiento sostenido por una mediana industria con capacidad exportadora. Europa aparecía no solo como un horizonte inexcusable sino como un desafío a la puesta al día de la estructura productiva. Para conseguirlo era necesario ampliar nuestro raquítrico sistema financiero, un tema que Emèrit desarrolló en el libro, escrito en colaboración con V. Roselló, *La banca al País Valencià* (1973). En 1974 defendió su tesis, antes mencionada, que era el canto del cisne al modelo agro-exportador, un planteamiento desarrollado en el artículo “Análisis de las exportaciones del País Valenciano”, escrito conjuntamente con M. Sánchez Ayuso y V. Fuentes para el número monográfico dedicado al País Valenciano por *Información Comercial Española* (1974). La conclusión de estos estudios, am-

pliada por E. Lluch en *La via valenciana*, es que existía un tejido industrial dinámico, aunque necesitado de modernización, basado en distritos especializados, a la manera de la *Terza Italia*.

En aquella lejana época, antes del descubrimiento de las tecnologías de la incomunicación, cuando la gente, para hablar, aún utilizaba oraciones subordinadas, el profesor, su personalidad y sus saberes, tenían mucha importancia. No puedo decir si Emèrit era o no un buen profesor, pero sí que era muy apreciado por su singularidad. Si algún despistado o ajeno al curso entraba en su clase podía pensar que se había equivocado de aula ya que allí se estaba hablando de la proletarización de los intelectuales, a propósito de un libro de un sociólogo checo, un tal Radovan Richta, o de los sentimientos morales, tal como los entendía Adam Smith. Pero no, aquello era política económica, de la buena, y allí estaba Emèrit navegando como experto piloto por el mundo de las ideas, introduciendo temas y recomendando autores que enriquecieran el escueto programa. Baran, Sweezy y la *Monthly Review*, Miliband y el capital monopolista, Poulantzas, Perry Anderson, la *New Left* y el debate *gramsciano* sobre la hegemonía, Prebisch, Sunkel, Gunder Frank y las teorías de la dependencia, Oskar Lange y la asignación de recursos en las economías socialistas, Ota Sik y el socialismo con rostro humano, dialogando con el filósofo polaco Kolakowski o con la Escuela de Frankfurt. Como dice un personaje de Max Aub, asombrado ante el despliegue de saber del conferenciante: “Este hombre lo ha leído todo”. Por allí desfilaban todos los que tenían algo que decir y durante la década del cambio sus clases tuvieron un público adicto y entusiasta. Luego el alumnado fue cambiando, las nuevas generaciones solo querían saber lo que iba para examen, y Emèrit pasó a ser un autor de culto, como esos pianistas nocturnos de jazz que se sientan ante el teclado y van improvisando variaciones, configurando una nueva melodía sobre la partitura original, un virtuoso al que van a escuchar quienes prefieren la música a la letra.

Últimamente se ha venido hablando mucho de la supresión de la lección magistral y de su sustitución por las clases virtuales, ubicadas en la red, personalizadas y en permanente contacto con el alumno. Sea lo que fuere de esta discusión a la boloñesa, lo cierto es que el magisterio de Emèrit no encaja ni en uno ni en otro modelo porque ha sido siempre conversacional o, como dirían los griegos, peripatético. Hemos aprendido de él conversando y paseando, atendiendo a sus sugerencias mientras nos arrastraba por el pasillo y nos ponía al día de las últimas publicaciones. Cuesta imaginárselo de otra forma que no sea con un libro en la mano, de economía, política, historia o filosofía moral, inclinado sobre el interlocutor sin darle tregua. Detectaba las novedades y con apostólica insistencia marcaba tendencias. Cuando todavía nosotros éramos robustos marxistas él se convirtió en propagandista de W. Harich, el primero en proponer un marxismo ecologista, hasta conseguir que los amigos lo leyéramos. Y lo mismo ocurrió, más adelante, con Amartya Sen, al que casi nadie conocía y él propuso para el doctorado honoris causa por la Universidad de Valencia. En 1994 fue investido, cuatro años antes de recibir el Nobel, y Emèrit fue el encargado de la laudatio. Tenía una curiosidad intelectual tan insaciable que se adelantaba a las modas.

EL COMPROMISO POLÍTICO

Durante muchos años Emèrit fue, en la Facultad, el comunista por antonomasia, no porque fuera el único o el responsable de la organización, sino porque asumió ser la persona pública o de referencia del partido. La forma en que se realizaban los contactos y las relaciones en la clandestinidad nos impide fijar con exactitud la fecha de su adscripción al PC. Es posible que cuando, al terminar la carrera, volvió a Valencia el responsable de la organización recibiera el encargo de conectar con él. Pero se acababa de producir la caída del 62, antes mencionada, y el enviado del Comité Central para recomponer la organización, Timoteo Ruiz, prefirió no arriesgarse con gente nueva sino contactar con antiguos militantes, lo cual fue un error ya que los tenían a todos fichados. Como cuenta, de forma novelada, Goytisolo en *Señas de identidad*, desde su llegada a Valencia la policía fue siguiendo sus pasos y, en 1964, se produjo una nueva caída. Esta situación, a lo Sísifo, de volver a empezar una y otra vez, aunque digna de admiración, resultaba muy poco eficaz y cambió radicalmente con la llegada de Palomares en 1965. Antonio Palomares, que a finales de los 70 tuvo mala prensa entre la progresía por su incompreensión del nacionalismo, es una figura clave del anti-franquismo no solo por el coraje demostrado frente a la tortura policial sino por su inteligencia política que convirtió al PC en el eje de la lucha contra la dictadura. Su estrategia se basó en aplicar la línea *carrillista* de salida a la superficie y conquista de zonas de libertad, una estrategia que visibilizaba y daba cuerpo a la oposición y que, paradójicamente, hacía más vulnerable al militante y, a la vez, le protegía (la policía lo conocía, pero se lo tenía que pensar antes de detener al presidente de un jurado de empresa o a un profesor de Universidad, aunque llegado el caso lo hacía sin miramientos).

En la aplicación de esta línea Palomares contactó con Emèrit que se preparaba, en 1966, para entrar en la prometedorá Facultad de Económicas y le encargó de la política del PC en el campo cultural dirigida, no a captar prosélitos para el partido, sino gente dispuesta a luchar por la democracia. Hasta la transición Emèrit fue un elemento clave en la formulación y desarrollo de esta política en el ámbito del nacionalismo, en las relaciones con la Iglesia y en la colaboración con los sectores progresistas de la burguesía. Respecto al nacionalismo el PC estaba ayuno de teoría y organizativamente era un partido de obediencia estatal donde las decisiones se tomaban desde un centro único. La larga marcha del partido hacia el valencianismo, iniciada por Emèrit y Doro Balaguer a finales de los 60, no fue un camino fácil, ya que tropezaba con muchas reticencias internas procedentes de la tradición comunista, pero culminó felizmente en 1976 con la creación del Partit Comunista del País Valencià. No fueron menores las reticencias externas ya que los celosos guardianes de la autenticidad valencianista consideraban las propuestas del PC tibias y poco *fusterianas*. La sintonía y la buena relación entre Emèrit y los líderes del nacionalismo, Vicent Ventura y J. L. Blasco, contribuyeron a allanar las diferencias. En su forma de hacer política siempre había un toque de cercanía personal que facilitaba las cosas.

Sobre el papel de la Iglesia y de los cristianos el PC contaba con una seria reflexión elaborada por Manuel Azcárate y desarrollada posteriormente por Alfonso Carlos Co-

mín. El Concilio Vaticano II había tenido un impacto muy fuerte en un sector del clero (aunque muy escaso en la jerarquía) que adoptó una postura crítica de distanciamiento del franquismo. Las organizaciones cristianas de base (HOAC, JOC, etc.) se comprometieron en la lucha contra la dictadura y proporcionaron un número creciente de militantes a las organizaciones de masas (CC.OO., Asociaciones de vecinos). El partido comunista no solo debía acercarse a estos sectores críticos, tendiéndoles la mano con disimulado aire de superioridad, sino superar los viejos esquemas anticlericales y aceptar a los cristianos en plano de igualdad. En Valencia Emèrit fue una persona decisiva en el desarrollo de esta política, digámoslo claramente, porque se la creía y no la practicaba con intenciones oportunistas o instrumentales, para conseguir compañeros de viaje, sino desde el más profundo respeto a las creencias de los otros, para establecer relaciones fraternas de amistad. Antonio Duato, Daniel Pla, Ximo García Roca, Emili Marín (director de *Saó*) y yo mismo podemos atestiguarlo.

Con admirable optimismo el PC defendía la existencia de una burguesía progresista a la que el peso de la dictadura abrumaba y que podía convertirse en aliada en la lucha por la democracia. Emèrit fue el encargado de descubrirla y convencerla contando para ello con la inestimable colaboración de José Antonio Noguera (hijo) una persona que tipificaba a la perfección la imagen de esa burguesía ideal, con múltiples relaciones en el *establishment* profesional y empresarial. Fue una tarea ardua, ya que al principio solo se contaba con los tres voluntariosos mosqueteros, Ximo Muñoz Peirats, Joaquín Maldonado y José Antonio Noguera (padre), que encabezaban todas las candidaturas alternativas a las oficialistas en el Ateneo o la Cámara de Comercio. Poco a poco el grupo se fue ampliando con la incorporación de algunos pesos pesados: Serafín Ríos, dispuesto a inmolarse presentándose a la alcaldía de Valencia en competencia con el franquista Miguel Ramón Izquierdo (el truco, obviamente, no estaba en ganar sino en agitar) Vicente Iborra, presidente del Instituto Social Empresarial, Manuel Peris y Salvador Vives, jueces y fiscales para la democracia, Álvaro Noguera, consejero del Banco de Valencia, Manuel Broseta, conectado con el poderoso bufete de Garrigues, a quien el PC elevó a los altares de la presidencia de la Junta Democrática. Para convencer al personal de que la democracia era buena incluso para el bolsillo, porque nos permitiría entrar en Europa, se celebraban unas “cenas políticas” en el salón de bodas de “Les Graelles” a las que llegaron a asistir más cien personas, ninguna de las cuales tenía dificultades en llegar a fin de mes. Ya teníamos burguesía progresista, no muy nutrida pero suficiente para poder decir que la Junta Democrática, creada en 1975, no era una alianza de obreros y campesinos, como quería Lenin, sino un bloque democrático, al estilo *gramsciano*.

Los años de la transición fueron, para Emèrit, de una intensa actividad política ya que participó en nombre del PC, junto con Doro Balaguer, en los organismos unitarios de la oposición, la Junta Democrática, primero, la Taula de Forces polítiques i Sindicals, después. En las primeras elecciones libres, celebradas en 1977, fue cabeza de lista del PCPV por la circunscripción de Valencia y elegido diputado, responsabilidad para la que fue de nuevo elegido en 1979. Formó parte del Plenari de Parlamentaris, creado en 1977 con todos los diputados y senadores electos del País, y al constituirse el Consell

Preautonòmic, en 1978, presidido por J. L. Albiñana, fue designado para la Conselleria de Transports i Benestar Social, cargo que ocupó solo unos meses. Durante todo este tiempo Emèrit defendió con convicción la línea del PC basada en el consenso sobre los grandes temas de Estado. Como se afirmaba en el Compromís Autonòmic, suscrito por todos los parlamentarios valencianos en 1978, había que conseguir “el máximo de competencias en el plazo más breve posible”, independientemente de que se hiciera por la vía del art. 151 o del 143, una distinción que hoy nos parece bizantina pero que entonces suscitaba enconadas polémicas.

A pesar de su lealtad de fondo a la política del partido, Emèrit era consciente de que se necesitaba una profunda renovación para adecuarse a los nuevos tiempos y se embarcó en esta aventura. Los resultados de las primeras elecciones habían sumido en el desconcierto a la militancia comunista. Que el partido que había vertebrado la lucha contra la dictadura obtuviera tan pobre recompensa en la democracia abrió un duro debate interno sobre la línea a seguir que se polarizó en dos tendencias. Los renovadores, entre los que Emèrit era uno de los principales tenores, proponían una mayor presencia en los nuevos movimientos sociales haciéndose eco de las reivindicaciones de carácter cultural (identidad nacional, feminismo) mientras que los esencialistas u obreristas creían que había que hacerse fuerte en el movimiento obrero insistiendo en las reivindicaciones socioeconómicas. Los renovadores consiguieron una victoria pírrica en el II Congreso (1980) colocando como secretario general a Ernest Garcia, prestigioso intelectual pero poco adecuado para conducir el partido en medio de las turbulencias. El desastre electoral de 1982, en el que el PSPV-PSOE, como un tsunami, barrió del mapa a los comunistas, se llevó por delante a los renovadores, aunque no tuvieran la culpa. El partido se enrocó en un obrerismo tosco y retórico y se produjo una desbandada de militantes. Emèrit abandonó el PC con discreción, sin dar un portazo, conservando la estima de los antiguos camaradas y la amistad que le unía a los líderes del movimiento obrero, Miquel Lluch (ya fallecido) y Antonio Montalbán, entre otros, cuyos nombres no podían faltar en este libro de homenaje al amigo.

NUEVOS HORIZONTES

A principios de los 80 dejó por un tiempo la actividad política y se dedicó a escribir colaborando en el libro de Ernest Garcia, *Les cendres de maig. Materials per a la crítica dels projectes alternatius* (1983), donde apuntaba la hoja de ruta de su futura reflexión intelectual y de su línea investigadora. Dos temas le van a preocupar a partir de ahora, en gran parte entrelazados. En primer lugar, la relación del nuevo espacio autonómico con la política económica. La esquemática exposición de fines y medios, tradicional en el programa de la asignatura, ya no se tenía que limitar a la explicación de la política monetaria y fiscal, competencias del Estado. Disponíamos ahora de un espacio propio sobre el que podíamos actuar, el gobierno de la Generalitat y los agentes económicos y sociales tenían que asumir responsabilidades y tomar decisiones. *¿Qué posibilidades ofrecen las competencias estatutarias a los gobiernos autonómicos para que estos pue-*

dan condicionar e intervenir en el proceso de ajuste y modernización en sus respectivos territorios? ¿Qué conciencia y capacidad de adaptación han demostrado los diversos agentes económicos y sociales? En la nueva división internacional del trabajo ¿cómo se incardinan los espacios regionales? Estas eran las preguntas que Emèrit se hacía y trataba de responder en *El espacio económico-político de lo valenciano: una nueva interpretación* (1989) continuación de un trabajo anterior realizado con Amat Sánchez y J. A. Tomás Carpi, *Economía i autonomia al País Valencià* (1985).

Ciertamente se da la paradoja de que, al mismo tiempo que algunos ámbitos de decisión se hacen más próximos y pasan a las autonomías, otros se alejan y pasan de los Estados nacionales al ámbito comunitario. Las decisiones de política monetaria, por poner el ejemplo más sobresaliente, dependen de un misterioso ente, el Banco Central Europeo, gobernado por un desconocido señor al que nadie ha elegido ni se le pueden pedir cuentas. La solución no es menos Europa sino una Europa política, y no solo económica, con participación de los ciudadanos. Emèrit plantea esta importante cuestión en un artículo a propósito de la equiparación de los derechos sociales, *Mercado único, protección social y ciudadanía europea* (2003).

Para un marxista, educado en la utopía del progreso industrial, y más para un marxista de un pequeño país donde la revolución industrial había sido tan débil, la aparición en 1972 del *Informe sobre los límites del desarrollo*, elaborado por Meadows y publicado por el Club de Roma, sonaba a una advertencia muy lejana. Por este tiempo Emèrit apostaba, como ya ha quedado dicho, por la potenciación de la industria como medio de suplir el vacío dejado por la agricultura de exportación y se implicó fuertemente en la defensa de la IV Planta Siderúrgica para el Puerto de Sagunto. Pero su concepción del desarrollo económico comenzó a cambiar en la década de los 80 tras la crisis del sistema capitalista que acabó con el modelo de incesante crecimiento de los países avanzados. La imagen desoladora de enormes plantas industriales abandonadas, convertidas en ruinas, dejaban ver el deterioro del paisaje, violentado, esquilmo, contaminado durante años, como un campo de batalla en el que solo quedan los despojos. Siguiendo el camino abierto por la revista *Mientras Tanto*, inspirada por M. Sacristán, Emèrit se adentró en una reflexión sobre la necesidad de cambiar el modelo de crecimiento. Las crisis recurrentes del capitalismo, causadas por la superproducción, no eran, como escribió Schumpeter, un proceso de destrucción creativa que permitía recomenzar como si nada hubiera ocurrido, sino una destrucción aniquiladora de recursos. Y como estos son finitos lo que había que plantearse era recomenzar de otra manera. El problema se agudizó, en la década de los 90, con la globalización económica que, con un crecimiento descontrolado, está poniendo en juego la supervivencia del planeta. Emèrit se ha convertido en un especialista en el tema estudiando las repercusiones del mismo en el desarrollo regional con numerosos trabajos, como el realizado en colaboración con Ricardo Almenar y Ernest García, *La sostenibilidad del desarrollo: el caso valenciano* (2000).

La política económica implica compromiso. La teoría económica se puede entretener en construir sofisticados modelos que justifiquen la realidad, la política económica tiene que proponer actuaciones concretas para transformarla. Por esta razón Emèrit, en

su juventud, la eligió y, a lo largo de su vida, compaginó las dos formas de hacer política, la propositiva de la enseñanza y la activa de la militancia. Al abandonar el PC, a principios de los 80, solo dejó una de ellas, contento de poder dedicarse con más intensidad a la vida universitaria, pero al cabo de un cierto tiempo echó en falta la militancia e ingresó en el Partido Socialista. Pensaba, como su amigo J. Solé Tura, que la línea eurocomunista desembocaba en el socialismo, un socialismo avanzado que, manteniendo las conquistas de la clase obrera, hiciera frente a los nuevos retos de la sociedad. Por otra parte, la actividad política había cambiado con el paso de la clandestinidad a la legalidad democrática. Durante la dictadura la única política posible era la de oposición, dejando el cumplimiento de las propuestas *ad kalendas graecas*, para cuando vengan los nuestros. En democracia no tenía sentido enrocarse en una oposición permanente, posponiendo de nuevo la llegada del mundo feliz. Los nuestros (más o menos) ya estaban aquí y la responsabilidad de la izquierda era gobernar. Por eso, cuando el presidente de la Generalitat, Joan Lerma, le propuso formar parte del gobierno valenciano, aceptó. De 1989 a 1993 fue conseller d'Administració Pública donde dedicó especial atención a los servicios sociales. Sus propuestas programáticas pueden verse en *Administración social pública: bases para el estudio de los servicios sociales* (1992). En 1993 fue nombrado conseller de Medi Ambient, un área de trabajo que comenzaba a apasionarle pero donde tuvo poco tiempo de desarrollar iniciativas ya que en las elecciones de 1995 el PSPV perdió el gobierno de la Generalitat.

Al volver a la Universidad se entregó con renovado entusiasmo a los estudios medioambientales, adquiriendo fama de experto y un aire más reposado, como de gurú oriental. Llevado de estas preocupaciones es miembro del Col·lectiu Terra Crítica, integrado por urbanistas, científicos y economistas, que publica regularmente sus reflexiones en el diario *Levante*. Pertenece al patronato de la Fundación ETNOR, Ética de los negocios y las organizaciones, auspiciada por Bancaixa, de la que es presidente J. M. Tortosa y directora Adela Cortina. Durante el rectorado de Ramon Lapiedra fue vicerrector para asuntos económicos y, por un tiempo, retomó la dirección del departamento. Para Emèrit dirigir no es una tarea burocrático administrativa o de gestión de recursos sino una cuestión de personas. En estrecha colaboración con la vieja guardia (Víctor Fuentes, J. A. Tomás Carpi, J. M. Jordán, I. Antuñano, A. García Reche) se dedicó a asegurar el futuro con la incorporación de jóvenes profesores especializados en diversas materias. Al contrario de aquel que lo quería dejar todo atado y bien atado, su intención ha sido dejar un departamento abierto a nuevos campos, apoyando a todos e impulsando a que cada cual siga su propio camino. Para las jóvenes generaciones ha sido, más que un maestro, el compañero que estimula y sugiere, académicamente incorrecto, preocupado más de sembrar inquietudes que de recoger resultados. Para todos los que le hemos conocido y tratado, dentro o fuera de la Universidad, Emèrit es un amigo leal, una persona cercana y entrañable, comprometida sin alardear de ello, un explorador de tierras fronterizas, difícil de encasillar. Cuesta definirlo porque Emèrit es simplemente Emèrit. Y todos le queremos porque, con el paso de los años, no ha perdido la inocencia.

SECCIÓN A: POLÍTICA ECONÓMICA

POLÍTICA ECONÓMICA EN TIEMPO DE CRISIS: DE LO GLOBAL A LO LOCAL

Isidro Antuñano Maruri
Universitat de València

INTRODUCCIÓN

En la Universidad española de los últimos cuarenta años, pocas personas como Emérito Bono han desarrollado simultáneamente una actividad tan destacada en los campos de la gestión política, la gestión económica, y en la elaboración y docencia de la Política Económica. Como parte de la economía, la política económica se encarga de recordar ante cualquier nueva propuesta las identidades contables básicas y las restricciones teóricas ampliamente aceptadas, limitando así la acción inconsistente o errónea de las autoridades políticas, cosa que a estas últimas no les suele agradar en demasía, porque tales autoridades tienden a sobrevalorar los aspectos benéficos de su actuación y minusvalorar los aspectos más negativos de la misma. Como parte de la actividad política, la política económica debe mediar entre distintas alternativas económicas en juego, cada una de ellas con su propio conjunto de intereses; y no se suele limitar, y menos en épocas de crisis, a un entorno institucional dado, sino que trata de cambiar este marco institucional, de incentivar la aprobación de nuevas reglas de juego de los agentes económicos, y de estimular cambios de comportamiento de éstos agentes, a la búsqueda de nuevos puntos de consenso así como de mecanismos de reducción de los enfrentamientos más acusados.

La desconfianza que algunos dirigentes políticos muestran ante los economistas que deben inspirar y aplicar sus decisiones se ve compensada en gran medida por el escepticismo con que algunos economistas acogen las propuestas “novedosas” de los tales políticos. Claro que unos y otros son, a su vez, contemplados poco menos que como cooperadores necesarios por parte de una sub-élite de profesionales universitarios de la economía desligados aparentemente de las contaminaciones del mundo normativo, que tienen tendencia a recetar a los demás el mejor de los mundos posibles; constituyéndose en una especie de reserva moral permanente de valores políticos y económicos incontaminados.

Cada cierto tiempo, las sociedades necesitan reorientaciones profundas de sus objetivos e instrumentos económicos y sociales, que pueden llegar a producir auténticos *tsunamis* ideológicos y políticos. Si consideramos, por ejemplo, los principales momentos históricos de reorientación económica y social profunda en los últimos cuarenta años en España, y la manera en que se han ido producido en este país los cambios políticos y económicos de más envergadura, probablemente obtendremos un amplio consenso en señalar los siguientes períodos de inflexión: a) los cambios político que van de la muerte

de Franco a la aprobación de la Constitución española; b) los cambios político económicos derivados de la aprobación de la entrada de España en la entonces Comunidad Económica Europea, en 1985; c) los cambios económicos subsiguientes a la decisión de entrada en la Unión Económica y Monetaria, adoptada en 1993 como propósito y que culminaría en 1998 con el cumplimiento formal de los requisitos establecidos por el Tratado de Maastricht; d) las políticas de contención de la gran crisis económica y social que explotó en 2008 con fuerza, y los intentos de definición de un modelo económico más sólido a medio y largo plazo, aún por madurar cuando se escribe este trabajo.

¿Cómo se gestan estos cambios estructurales? ¿Cómo van madurando en el tiempo distintas hipótesis sobre el futuro, distintas propuestas, distintas alternativas de gestión? Al cabo de unos años tendemos a ver los procesos históricos críticos como conjuntos de actividades coherentes y armónicas, a formalizarlos a partir de sus componentes más cuantificables, y a tratarlos didácticamente como parte de la “ciencia económica”; pero mientras se están desarrollando nos parecen a menudo procesos anárquicos, voluntaristas, acientíficos, cuando no abiertamente casuales o personalistas.

Para tratar de aproximarnos a estas cuestiones, procederemos del siguiente modo. En el apartado 2 presentaremos un esquema general del proceso de producción de la actividad política, que nos permitirá apreciar el escaso conocimiento que de tal proceso se tiene entre buena parte de los economistas. El apartado 3 analizará algunas de las causas endógenas más habituales de discrepancia entre responsables políticos y responsables de la política económica. En el apartado 4 se hará una breve referencia a algunas líneas de investigación económica sobre la actividad política que se ponen de manifiesto en algunas publicaciones recientes, y a las principales antinomias al respecto. En el apartado 5 se hará lo propio en relación a la didáctica de la relación entre política y política económica; es decir, a la manera de seleccionar, exponer y debatir con los estudiantes de política económica las alternativas políticas principales en cada momento histórico. Por último, en el apartado 6 se lleva a cabo una reivindicación del espacio político local, a menudo el gran incomprendido cuando no desatendido en el análisis de la actividad política.

EL PROCESO DE PRODUCCIÓN DE LA ACTIVIDAD POLÍTICA

Podemos acercarnos desde la economía a la actividad política concibiendo a ésta como un proceso de producción particular, en el que distintos inputs y procesos de interrelación de los inputs se combinan para generar determinados output. En la medida que conozcamos mejor las características técnicas de la función de producción implícita en la actividad política, seremos más capaces de entender racionalmente tal actividad política, esto es, de no dejarnos deslumbrar por el velo aparentemente irracional, caprichoso o simplemente caótico que la envuelve en bastantes ocasiones.

Los inputs de la actividad política son los recursos que ésta maneja. Para empezar, hay que contar con sus recursos humanos, compuestos de una amplia gradación de personas físicas que va desde los políticos profesionales full time a los políticos temporales

o a tiempo parcial, pasando por distintas capas de personas afiliadas, simpatizantes, voluntarias, etc., con una aportación individual de intensidad muy variable. Los recursos de capital incluyen el capital financiero y el capital inmovilizado necesarios para mantener y desarrollar la organización política (o más bien el grupo de organizaciones conexas que la constituyen habitualmente: asociaciones, fundaciones, empresas mercantiles, etc.). Los recursos tecnológicos podemos verlos, de una manera sencilla, como distintas combinaciones técnicas de los recursos humanos y materiales; por ejemplo, el mayor o menor recurso al trabajo voluntario o a la externalización del trabajo político mediante el uso intensivo de proveedores de servicios; o la gestión moderna de los medios de comunicación como factor esencial del proceso político.

Los *inputs* o recursos políticos desarrollan su potencialidad a través de distintos procesos políticos, que van desde los de características más internas (que articulan la organización política y la fortalecen de distintas maneras: congresos, convenciones, reuniones de los órganos directivos...), a los de características más externas (campañas preelectorales y electorales; campañas políticas generales sobre los aspectos que en cada momento parecen más relevantes), y a los de características más específicamente institucionales (actividad de los grupos parlamentarios, por ejemplo).

Los *output* del proceso político se pueden subdividir en cuatro grandes bloques: a) la producción de normas públicas, o al menos la capacidad de influir parcialmente sobre ellas; b) la producción de decisiones de gestión pública, y el control de su aplicación por el aparato administrativo que constituye el interfaz entre la ciudadanía y responsables políticos; c) la generación de argumentos de carácter público (informaciones, análisis, previsiones, opiniones, etc.) necesarios para la conformación de las expectativas de los agentes privados a medio y largo plazo; y d) la mediación entre intereses privados legítimos pero contrapuestos, reduciendo así la ineficiencia potencial resultado de la confrontación excesiva entre los mismos.

En épocas de estabilidad política y expansión económica más o menos regular, los output del proceso político se sitúan en las categorías a) y b) anteriores, que son por su naturaleza bastante dispersas, por su gran diversidad sectorial, regional, y en definitiva social. Por el contrario, en épocas de crisis política y económica, nos situamos en mayor medida en las categorías c) y d) anteriores, en particular cuando la sociedad, desorientada y dolorida, reclama nuevas metas, nuevos diseños institucionales, incluso nuevos valores sociales para guiar la gestión ordinaria de los recursos: la política con mayúsculas, que encumbra a los dirigentes innovadores (de Kennedy y Kruschev, a Suárez y Gorbachov; de Kohl y Kofi Annan, a Obama); a la vez que arrumba a los dirigentes aferrados a un *statu quo* insostenible.

De todo este proceso de producción de la actividad política, la sociedad suele ser consciente solo de los aspectos más llamativos de la financiación partidaria, en particular cuando ésta recurre a irregularidades administrativas cuando no a mecanismos ilegales sancionables penalmente. Pocas veces, sin embargo, se presta atención a dos aspectos que subyacen en la precariedad financiera de las formaciones políticas: la relativa inflexibilidad de sus cargas laborales en la etapa baja del ciclo de cada formación, y los

fuertes desembolsos de fondos que exigen, *velis nolis*, la participación en la pluralidad de contiendas electorales (europeas, nacionales, regionales, locales, referéndums) en las que las formaciones políticas han de concurrir.

POLÍTICA Y POLÍTICA ECONÓMICA

La relación entre los responsables políticos generales y los responsables específicos de la política económica tiene muchas facetas, algunas de las cuales aportan complementariedades recíprocas. Así, los dirigentes políticos (no ya los meramente individuales, sino también los equipos políticos en que se incluyen) necesitan disponer de equipos económicos que les puedan sintetizar, esquematizar, priorizar, la amplia gama de cuestiones económicas internacionales, nacionales, regionales, sectoriales, etc., que en cada momento deben enfrentar; y que esta actividad se lleve a cabo por estos equipos económicos desde una posición política general de coincidencia en los objetivos políticos de la institución u organización que les encarga esta tarea. De la misma manera, los equipos económicos profesionales de la política económica necesitan el apoyo político para implementar sus estrategias, y reciben del escalón político indicaciones muy valiosas sobre el momento y el modo de introducir sus mensajes en el océano mediático y en los circuitos institucionales.

Sin embargo, existen al menos tres grandes campos en los que la convergencia entre los responsables políticos generales y los responsables de la política económica es bastante difícil de conseguir. Para empezar, nos encontramos con las limitaciones del conocimiento económico, que hacen que las proposiciones estrictamente económicas deben ser sometidas siempre a unas tasas de descuento que en ocasiones son necesariamente muy elevadas. ¿Estamos midiendo de manera aceptable el crecimiento económico? ¿Disponemos de mediciones fiables de los stocks de recursos materiales o largo plazo? ¿Disponemos de sistemas razonables de previsión económica a más de dos años? ¿Podemos confiar en una selección de indicadores a corto plazo, entre el maremágnum de información económica de todo tipo actualmente disponible, que sea representativa de la evolución económica a medio plazo?

La experiencia de 2007 a 2010 nos demuestra que la respuesta a las anteriores preguntas es que no, como se ha puesto de manifiesto recientemente por un informe dirigido por Stiglitz, Sen y Fitoussi¹. No se trata de despreciar en bloque el conocimiento científico acumulado en la materia, lo que sería desde luego bastante poco científico; no es posible negar que los sistemas actuales de contabilidad macroeconómica acumulan una gran cantidad de información de todos los sectores de la economía, definen a partir de esta información un conjunto interrelacionado de variables económicas clave, posibilitan formalizaciones estadísticas y econométricas sucesivamente más refinadas, facilitan las comparaciones internacionales, etc. Pero, como se indica en el citado informe, la contabilidad

¹ CIMDEPS 2009: *Informe de la Comisión Internacional sobre la medición del desarrollo económico y del progreso social*.

macroeconómica actual necesita disponer de indicadores fiables sobre las actividades no mercantiles que aún no se encuentran adecuadamente valoradas; proporciona estadísticas de educación, salud, etc., que no permiten valorar adecuadamente su contribución social; carece de indicadores físicos clave, en materia por ejemplo de agua potable; etc.

La segunda fuente de incompreensión mutua entre dirigentes políticos y dirigentes político económicos tiene que ver con el diferente horizonte temporal de ambos tipos de agentes. Los dirigentes políticos se sitúan en un mercado político que actualiza de manera casi instantánea las novedades a que se enfrenta; actualización que se produce básicamente como consecuencia de la actividad de la oposición política y de los medios de comunicación. Por el contrario, la política económica incorpora un conjunto de *lags* internos o de decisión más o menos dilatados, pero sustancialmente mayores en general que los presentes en el mercado político; además de que las decisiones político económicas conllevan unos *lags* externos o de impacto sobre el sector privado de la economía que habitualmente son superiores a los de decisión.

La tercera fuente de fricciones entre política y política económica tiene que ver, aún en presencia de un diagnóstico económico preciso y de unas propuestas concretas y viables de política económica, en las limitaciones efectivas de la capacidad de gobierno de cualquier grupo político. Algunas de estas limitaciones son el solapamiento de distintas estructuras de poder político (internacionales; comunitarias; de la zona euro; estatales; regionales; locales), que no siempre trabajan en la misma dirección; las limitaciones a corto plazo en la disponibilidad de recursos humanos que soporten la gestión de los cambios políticos; y las limitaciones de la gestión administrativa ordinaria frente a la capacidad de influencia de los grandes *think tanks* privados y la red de intereses privados o *lobbies*.

EL ANÁLISIS ECONÓMICO DE LAS ALTERNATIVAS POLÍTICAS

En general, los economistas conocen bastante poco las características económicas de la actividad política. Así, conocen poco los balances y cuentas de resultados de las formaciones políticas, el empleo directo e indirecto que generan, los costes económicos de las campañas preelectorales y electorales, o el propio coste de las instituciones democráticas (desde la Presidencia de la nación, a las cámaras legislativas, pasando por el poder judicial). Es habitual que estos costes se analicen, como mucho, en clave presupuestaria formal, y solo para los presupuestos iniciales (es decir, con menor atención aún a los presupuestos definitivos y a los liquidados); descuidando, desde luego, el análisis patrimonial típico de las organizaciones privadas. Aún mayor es el desconocimiento de la aportación económica de la actividad política en términos micro (por así decirlo, la contribución de la actividad política al excedente del consumidor) y en términos macro (su contribución a los procesos de ajuste de oferta y demanda agregada a medida que varían los coeficientes técnicos de producción y las preferencias sociales).

Las alternativas políticas se analizan habitualmente desde la perspectiva económica en función de tres grandes ejes interconectados: el análisis de las instituciones democrá-

ticas (diferentes instituciones, todas ellas democráticas, que compiten por organizar la esfera política de una sociedad); el análisis de los agentes sociales o grupos de interés, y de las relaciones de conflicto o cooperación entre los mismos; y el análisis de las preferencias sociales sobre la distribución en el tiempo y en el espacio de la renta y la riqueza². Obviamente, una opción adicional es considerar dado el sistema institucional, los grupos de interés y las opciones sociales sobre la distribución, en cuyo caso el análisis puede concentrarse específicamente en el campo económico en el sentido más restrictivo del término, casi siempre a partir de alguna variante más o menos desarrollada de la síntesis neoclásico keynesiana de los años sesenta del siglo pasado.

Pero a medida que se formaliza el conocimiento sobre las instituciones que operan en el mercado político encontramos un núcleo central del mismo, un “corazón” político que adquiere particular importancia en épocas de crisis aguda, y al que no es fácil encontrar referencias en la literatura científica. Nos limitaremos aquí a presentar en forma de contradicción aparente algunos de los componentes de ese núcleo central político: distintas modalidades de restablecimiento del *orden* y la acomodación a las *sorpresas*; de tratamiento del consenso y la divergencia; de enfoque de la cohesión y la exclusión social.

Orden y sorpresa³

La política económica necesita prever lo improbable, construir mecanismos de contención de los desastres que inevitablemente han de ocurrir, invertir en reparar los muros de contención, los pilares, las vigas, los techados a menudo desatendidos de la sociedad, adelantarse a los ciclos de años de vacas flacas cuando más lozana y productiva se muestra aparentemente la cabaña bovina.

Para prevenir y dominar las sorpresas, la sociedad civil dispone en los países democráticos desarrollados de una amplia variedad de instrumentos económicos que tratan con la incertidumbre. Encontramos aquí, por ejemplo, desde las diversas coberturas de privadas y públicas de seguros de vida y no vida, hasta los distintos y sofisticados (según sus mediadores) mercados de futuros y derivados; desde las reservas legales y voluntarias de las empresas, a las revalorizaciones (y desvalorizaciones) periódicas de sus activos reales y financieros; desde las combinaciones más habituales de rentabilidad, liquidez y riesgo en los mercados financieros, a las distintas combinaciones de servicios reales y plusvalías en los mercados de bienes reales. Todo ello, en definitiva, no son más que mecanismos auxiliares para llevar a debido término las decisiones económicas bá-

2 Véanse, por ejemplo, los capítulos 2, 3 y 4 del libro de Antuñano y Sánchez, coordinadores (2009): *Política económica. Elaboración y políticas coyunturales*. Tirant lo Blanch, Valencia; y los capítulos 3, 6 y 7 del libro de Fernández-Albertos, J. y Manzano, D. (2010): *Democracia, instituciones y política económica*. Alianza Editorial, Madrid,

3 Tomo prestada esta antinomia en la esfera política del título (y el contenido) de la obra Gardner, M. (1983): *Orden y sorpresa*. Alianza Editorial, Madrid; que el citado autor exponía en un contexto no político, sino de matemática recreativa.